

Hojitas de Fe

Guardad mi palabra

432

8. Los Mandamientos

Padre Emmanuel André Las dos Ciudades (I)

El Padre Emmanuel André, algunos de cuyos escritos ya hemos ofrecido en anteriores Hojitas de Fe, redactó una serie de artículos comentando las dos Ciudades según San Agustín. Entregamos ahora, en una nueva serie de Hojitas de Fe, estos artículos.

1º Introducción: la moral.

La moral es la ciencia reguladora de las costumbres. Todos los hombres reconocen la necesidad de esta ciencia, pero no todos están de acuerdo sobre el criterio a que debe atenerse la moral para sacar su regla y su sanción.

A poco que se reflexione, no sería difícil reconocer que la moral, esto es, el conjunto de leyes que obligan a toda la humanidad, sólo puede ser la expresión de la voluntad de Aquel que la creó, y le asignó las leyes que deben regir su conducta y los medios por los cuales puede llegar a su fin. De donde se sigue que sin Dios no hay moral digna de ese nombre.

Sin embargo, hay hombres que se esfuerzan por inventar una moral sin Dios, pretendiendo sacarla –dicen ellos– de la naturaleza.

La naturaleza, tal como salió de las manos de Dios, es buena, y la moral según la naturaleza no es otra cosa que la moral según Dios. Todos los verdaderos filósofos reconocen que en ningún lugar se enseña la ley natural con mayor claridad que en el Decálogo. Por lo mismo, la verdadera ley de la verdadera naturaleza no es más que la voz de Dios que promulga sus diez Mandamientos. De modo que la naturaleza, entendida correctamente, conduce directamente a Dios, su autor.

Pero hay hombres que, no queriendo ni a Dios ni el Decálogo, quieren una moral. ¿Dónde irán a buscarla? Y suponiendo que la encuentren, ¿de dónde sacarán su autoridad y su sanción, dos cosas sin las cuales no puede existir la moral?

La naturaleza que rechaza a Dios no es otra cosa que la naturaleza caída: y de ella, caída como está, algunos hombres de nuestro tiempo pretenden sacar la regla moral. Será entonces la moral del interés, del placer o de la vanidad, esto es, lo que la Revelación llama «triple concupiscencia», y que, siendo la fórmula de las inclinaciones de la naturaleza caída, va a convertirse para ciertos hombres en la regla de los deberes, en la ley de la moral. Eso es pura y simplemente la inversión y perversión de toda moralidad.

Los cristianos conocemos esta moral de la naturaleza desde hace mucho tiempo. El apóstol San Pablo la estigmatizó con estas contundentes palabras: «*Compórtate según el espíritu [moralidad de la verdadera naturaleza], y no satisfagas los deseos de la carne [moralidad de la naturaleza caída]; porque la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu, y el espíritu tiene deseos contrarios a los de la carne*» (Gal. 5 17).

Un moralista cristiano trazó los rasgos de estas dos morales, una que es luz, la otra que es noche, una el principio de todo progreso y felicidad, la otra el camino del mal y de la ruina, tanto en este mundo como en el próximo. Decía así:

1º La naturaleza [caída] siempre se pone por fin a sí misma.

2º La naturaleza no quiere ser mortificada de buena gana, ni estrechada, ni vendida, ni sometida de grado.

3º La naturaleza trabaja por su propia conveniencia, y pone la mira en la utilidad que le puede venir de los demás [explotación del hombre por el hombre].

4º La naturaleza recibe con gusto los honores y la reverencia.

5º La naturaleza ama el ocio [uno de los principios más fructíferos de inmoralidad].

6º La naturaleza mira lo temporal, y se alegra de las ganancias terrenas [como si la felicidad estuviera en su poder].

7º La naturaleza es codiciosa, y de mejor gana toma que da; ama sus cosas propias y particulares.

8º La naturaleza nos inclina a las criaturas, a la propia carne, a la vanidad y a las distracciones.

9º La naturaleza, cuanto hace, es por su propia utilidad y conveniencia, no puede hacer cosa de balde [es egoísmo en todo].

10º La naturaleza halaga a los poderosos y lisonjea a los ricos [pretendiendo

1º La gracia [esto es, la verdadera naturaleza restaurada por la gracia de Cristo] hace todas las cosas puramente por Dios, en quien descansa como en su fin.

2º La gracia estudia en la propia mortificación, resiste a la sensualidad, quiere estar sujeta.

3º La gracia no busca su propia utilidad ni su propio beneficio, sino lo que puede ser útil a muchos [dedicación al prójimo].

4º La gracia atribuye fielmente a solo Dios toda honra y gloria.

5º La gracia no puede estar ociosa, antes abraza de buena voluntad el trabajo [la obra abrazada por Dios es esencialmente moralizante].

6º La gracia mira los bienes eternos, no se apega a lo temporal, porque su tesoro y gozo está en el cielo, donde ninguna cosa perece [por eso damos con gusto a los pobres].

7º La gracia es desinteresada, se contenta con poco, y tiene por mayor felicidad el dar que el recibir.

8º La gracia nos lleva a Dios y a las virtudes, aborrece los deseos de la carne y refrena los pasos vanos.

9º La gracia no busca ninguna ventaja temporal, ni quiere otro premio sino sólo a Dios [principio de desinterés y abnegación].

10º La gracia favorece más al pobre que al rico, y se acomoda más al inocente

atraer sobre sí una sombra o reflejo del poder y de la riqueza de los demás].

11º La naturaleza todo lo dirige a sí misma, y por sí pelea y porfía [como para dominarlo todo, aunque luego pretenda abogar por la igualdad].

12º La naturaleza quiere aparecer en público y observar mucho por los sentidos [siendo en esto similar a Eva, que quería ver, tocar y saborear].

que al poderoso [se inclina ante los débiles, los apoya y recibe un elogio de ellos ante Dios].

11º La gracia todo lo refiere a Dios, de donde originariamente mana; ningún bien se arroga ni se atribuye a sí misma [y este es el verdadero orden, fuera del cual no hay libertad].

12º La gracia no cuida de oír cosas nuevas ni curiosas; porque todo esto nace de la corrupción antigua [de la naturaleza, de la cual somos liberados por Jesucristo Nuestro Señor].

Así hablaba en el siglo XIII el autor de la IMITACIÓN (libro III, cap. 54). La lucha de la carne contra el espíritu le era bien conocida, pues entonces, como hoy, había hombres que, para encontrar la ley moral, miraban hacia la tierra, mientras que otros, con el mismo propósito, miraban hacia el cielo. Y tanto los unos como los otros trabajaban por construir una ciudad en la que se prometían ser dichosos.

«Dos amores –dice San Agustín– hicieron dos ciudades: el amor de sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios, hizo la ciudad terrenal, Babilonia; y el amor de Dios, llevado hasta el desprecio de sí mismo, hizo la ciudad celestial, Jerusalén» (LA CIUDAD DE DIOS, libro XIV, capítulo 28).

El amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios es, en verdad, la última palabra de la moral sensualista, así como el amor de Dios hasta el sacrificio de sí mismo es el carácter de la moral espiritualista, de la verdadera moral.

Las dos ciudades, las dos morales, están presentes, y, repitiendo las palabras de San Pablo, se hallan en conflicto: *«Ambas se oponen mutuamente»* (Gal. 5 17). Las vemos en acción ante nuestros ojos, y aún de más cerca, puesto que en el fondo de nuestra conciencia escuchamos los gritos de guerra procedentes ya de un lado, ya del otro. Si seguimos la moral del placer sensual, caemos; si seguimos la moral de la renuncia y del sacrificio, nos elevamos; al caer, corremos el riesgo de quedar eternamente caídos; al levantarnos, nos liberamos del mal y vamos a Dios.

El primero de los dos caminos parece más fácil, pero es el que conduce a la situación más penosa; el segundo parece presentar todo tipo de dificultades, pero es el que conduce a la tranquilidad, a la serenidad de conciencia, a deleitarse y gozarse en el bien.

Elijamos este último, y vayamos a Dios.

2º Intención del presente escrito.

No hay nada más conocido que estas dos palabras: *bien* y *mal*. Y, sin embargo, es muy raro que alguien sepa atribuir la palabra *bien* a lo realmente bueno, y la

palabra *mal* a lo realmente malo. La Sagrada Escritura nos enseña que hay hombres que, sobre este punto, hacen la más extraña y deplorable de las confusiones:

«¡Ay de vosotros –dice el Señor por boca de Isaías–, que llamáis mal al bien, y bien al mal; que consideráis las tinieblas como luz, y la luz como tinieblas; que juzgáis lo amargo como dulce, y lo dulce como amargo!» (Is. 5 20).

Aunque es raro llegar a estos extremos, ¡cuántas veces dudamos en llamar al bien y al mal por su nombre! Lo tememos, porque no lo conocemos bastante, o porque, aun sabiéndolo, no nos atrevemos a confesar nuestras convicciones y rendir homenaje a la verdad.

De ahí se sigue que el alma, al no haber tenido la fuerza para dar testimonio del bien, pierde algo del conocimiento mismo del bien; porque, según una ley de la justicia divina, el entendimiento paga las debilidades de la voluntad. Estas debilidades son el fruto ordinario de una concupiscencia infeliz, y Dios las castiga dejando que en las mentes se extienda un comienzo de ceguera, justo castigo de nuestras faltas y de nuestra cobardía.

Por tanto, para que la voluntad se incline más fuertemente a aferrarse al bien y a rechazar el mal, es crucial que sepa con claridad dónde está el bien y dónde está el mal.

Deseosos de acudir en ayuda, al menos, de algunos de nuestros lectores, hemos escrito este pequeño trabajo sobre las dos Ciudades.

3º Qué se entiende por las dos Ciudades.

La palabra *ciudad* designa una reunión de hombres que viven de acuerdo bajo las mismas leyes y los mismos magistrados. Puede significar una ciudad en particular, o un municipio, o un estado, integrado este último por todos los municipios sujetos a las mismas leyes y al mismo poder soberano. «¿Qué es la ciudad –dice San Agustín– sino una muchedumbre de hombres unida por un cierto vínculo de concordia?». Pero aquí queremos darle a la palabra *ciudad* un sentido mucho más amplio.

Considerando que Dios es el Rey de reyes, que creó a ángeles y hombres para su servicio, diremos que todos los ángeles y hombres que son y quieren ser fieles a Dios, sometidos a la más justa y santa ley de la voluntad de su Creador, forman juntos una sola y misma ciudad, *la Ciudad de Dios*.

Por otro lado, los ángeles y hombres que no están sujetos a la ley de la voluntad de Dios, porque han preferido y juzgado bueno someterse a la ley de su propia voluntad, forman juntos una sola y misma ciudad, *la Ciudad del mundo*, y del diablo y del infierno.

Así como existe la Ciudad del bien, también existe la Ciudad del mal.